dome la derecha con una mano y apoyándose en la puerta con la otra:

—Siempre soy muy sensible á los apretones de mano de los extranjeros que vienen á verme; pero no es ahora la mano de un extranjero la que oprimo: es de Italia, de mi primera patria, de donde nació mi padre. ¡Adiós!

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

X

DEL «FOLK-LORE» DE LA TOSCANA

He vuelto á leer en estos días el libro de Juan Bautista Giuliani, intitulado *Moralidad y poesía del viviente lenguaje de la Toscana;* y he experimentado la doble satisfacción que proporciona todo libro verdaderamente bello y verdaderamente útil. Estoy seguro de que muchos de mis lectores lo conocen; pero dudo que muchos hayan tenido la paciencia de anotarlo, de trascribir los trozos más notables, de ordenar las notas, de exprimir el jugo hasta poder dejar el libro á un lado en la seguridad de haberle sacado el mayor beneficio posible.

Por esto creo que no serán inútiles las si-

guientes páginas. Propongo, en suma, á aquellos de mis lectores que estudian con amor la lengua, que lean y relean la obra de Giuliani en compañía de uno que puede ahorrarles una parte del trabajo que habrían de emplear leyéndolo solos y con provecho.

Este libro está casi todo él compuesto de discursos y de frases, de palabras recogidas de boca de campesinos y campesinas de las distintas provincias toscanas. Giuliani ha trabajado en él muchos años. Recorrió toda la Toscana, se detuvo en todos los pueblos y en los barrios, intimó con los campesinos, estudió sus trabajos y costumbres, y á fuerza de interrogar y de tomar notas, compuso su libro, que es una norma de purísima lengua. Y no sólo de lengua, porque son campesinos y campesinas que hablan de agricultura, de sus familias, de sus amores, de sus desgracias: por lo tanto hay en él narración, descripción, sentimiento. Una vez leída estas páginas, nos parece haber vivido un año entero en aquellos felices valles *poblados de casas y de olivos*, y haber conocido aquel buen pueblo franco y cortés; y durante mucho tiempo subsisten en nuestra mente aquellos vendimiadores, aquellos jornaleros, aquellos carreteros, aquellos cazadores, aquellos muchachos, aquellas abuelas, aquellas esposas, aquellas chicas con quienes se ha conversado al paso, como

otros tantos personajes de una especial novela.

Yo no creo que exista en el mundo otro pueblo campestre que hable una lengua tan graciosa, tan potente y tan espléndidamente poética como la que habla el pueblo de la campiña toscana.

Algunos (que ciertamente no serán toscanos), leyendo este libro les ha cabido la duda *de que no todo fuese harina de los campesinos.*—Ciertas ideas—dijeron,—ciertas frases, son demasiado bellas, demasiado poéticas para hombres del campo. Y yo, por el contrario, pienso que son tan poéticas y tan bellas, que no cabe sospechar que sean de Juan Bautista Giuliani, por más que no le falta á éste ni el talento ni el buen gusto necesario para poderla inventar.

Y digo la verdad: si estuviese seguro de que el cuento intitulado *Tres víctimas del trabajo*, comprendido en el libro de que vengo hablando, no ha sido escrito, casi dictado por la campesina *Teresa* y el pastor *Domingo Nesti*, sino compuesto por completo, y sólo por la fuerza de imaginación del Sr. Giuliani, esta noche tomaría el tren directo á Florencia para ir á abrazar al digno abate, aplaudiéndole como al primer escritor de Italia: hasta tal punto creo yo que aquella maravillosa relación supera á todo ingenio, cultivado aun siendo toscano, y que únicamente la naturaleza, la verdadera naturaleza, ha podido dictarlo.

Los lectores juzgarán, pues, no de aquella relación, sino de otras cosas. Espigaremos en el volumen del Señor Giuliani. Trabajo grande en verdad, digno de llenar las páginas de un libro. Pero aquí nos proponemos sólo elegir algunas notas y ordenarlas.

El conservar las cosas que á la lengua se refieren, depende en gran parte del orden con el cual se nos presentan. En el libro de Giuliani, compuesto en su mayor parte en forma de vocabulario, se hallan conversaciones, frases, imágenes de muy varia naturaleza, una sobre otra y en confusión. En la misma página hablan tres personas distintas de agricultura, de amor y de muerte. Nosotros procederemos de otra manera. Además, no cogiendo otra cosa sino la flor de tantas bellezas esparcidas por la obra, dejaremos á un lado aquella parte de la lengua, y es muchísimo, que se refiere exclusivamente á la agricultura técnica, y que por esto resultaría inútil para la mayor parte de los lectores.

*
* *

Comencemos por las expresiones poéticas del lenguaje del dolor, del amor y de otros sentimientos.

Muchas veces quedaremos maravillados ante el pensamiento, no menos que ante la forma.

Una campesina de la montaña pistoyesa, por ejemplo, hablando de los últimos días de una conocida suya, luego muerta de enfermedad aguda, dice que *tenía muerta ya la carne y el espíritu siempre vivo...;* que *se le murió la carne antes de que se hubiera ido con Dios.*

Otra campesina de la misma montaña exclama: *cuando el dolor es de aquellos que abrasan la palabra, se queda dentro;* expresión cuyo poder se admiraría si se encontrase en un verso de Dante.

Una campesina de Siena pronuncia las siguientes palabras que tengo por sublimes: «Yo perdí á mi madre siendo pequeñita; de todos modos me parece recordar un gran nombre».

«En casa—dice otra pistoyesa—está el abuelo, á quien quiero con el alma: siempre me he cobijado bajo su sombra».

Hablando otra de un hijo suyo muerto: «¡Qué de prisa obra la muerte! No se sabe si al levantarse uno por la mañana acabará el día... Dios, sin embargo, nos da en prenda á los hijos; á todas horas les puede recoger y es preciso entregárselos».

Una mujer del Casentino, contando un sueño que había tenido de cierto paseo que había dado con su niña la cual luego se murió:

"Por el camino no hacíamos mas que coger flores y más flores; parecía que habían nacido á propósito para nosotros; había un no sé qué de alegre por todas partes»...

Dice otra de Valdensa:—«A veces me pondria rabiosa de la desesperación; pero Dios es misericordioso, y nos aparta la muerte de estas tristezas».

Otra madre:—«A nosotras las madres, todos los hijos nos cuestan sangre del mismo modo. ¡Hay tantas que no se rehacen cuando les falta un hijo!... Todos no nacemos con el mismo cuño; los dedos de las manos no son todos iguales».

Una mujer de Montamiata: — «Pensándolo bien, lo realmente cierto, es que el mundo es cadena continua de amor: se sale de un amor y se entra en otro más grande al casarse».

Un ciego de las montañas de Siena exclama:—«Perdidos los ojos, perdido el mundo; la luz es la belleza de la vida».

Otra madre del Casentino dice de sus hijos muertos:—«Me acuerdo de cuando tenia á los dos, ¡cómo *resplandecían! ¡aquello era vivir!*.... sin la vista de los ojos (se había vuelto ciega), *más se está del otro lado que de éste, desaparece lo mejor de la vida*».

Otra madre:—Cuando comienzan á llamar *papá, mamá, aunque no lo pronuncien muy bien, se siente una ternura que se nos caen unos lagrimones riendo...*

—*Cuando hay amor*—dice otra,—*¡todo pasa!* Aquel si que es un *concuerda-cristianos*.

—Y otras, hablando siempre de sus hijos: —«Le daría *el hálito por tenerla con vida*.—¡Que á lo menos la vuelva á ver en el paraíso! *Me sostiene con vida esta esperanza*.—Si estuviese más del lado de allá que del de acá, al tener á mi hijo al lado en el lecho, *me parecería ser más digna de estar en el mundo*».

*
* *

He aquí un ejemplo de otras expresiones más breves de dolor y de afecto, sacadas de aquí y de allá del libro, y transcritas tal y como se encuentran. No nos olvidemos de que son campesinos y campesinas los que hablan.

—Era una vista que levantaba el llanto en el corazón.

—Son dolores que arrebatan la vida.

—Cuando viene un arrebato de sangre, el hombre no discierne ya lo blanco de lo negro.

—Son penas mortales que hacen perder la razón.

—Me consumía interiormente.

—Voy á estallar de pasión.

—Es un pensamiento que me pesa sobre el alma.

—Es un cuchillo que me ha atravesado el alma de parte á parte.

—Es una desgracia que me ha herido de muerte.

—Si no estuviera en las manos de Dios, me habría muerto deshecha por el dolor.

—Una punzada, por fuerte que sea, acaba pronto, basta que no llegue al corazón; pero, heridos en el corazón, adiós: se muere en vida, no se cura uno ya.

—Los recuerdos de aquellos días.... los he contado con gotas de sangre, los he contado.

—Parecía destruída por la gran pasión. ¿Ves aquel peñasco? Así era ella.

—¿Y Teresa? ¡Oh, á esa si que el dolor se le ha metido en los huesos!

—Le veía *(al marido muerto)*, y me parecía que quería decir tantas cosas y no podía... ¡qué desolación la mía!

—Me afanaba entre la vida y la muerte.

—Se me perturbó el cerebro.

—Parecíame haber perdido todo sentido.

—Era un torbellino de dolor.

*
* *

Nada tan bonito, sin embargo, y tan sentimental como el lenguaje de amor.

—«Me había metido en tales aventuras para »verlo (dice una campesina de las montañas de Pistoja, hablando de su amante, que luego fué su marido), que cuando pienso otra vez en ellos »se me despierta la piel. Bastaba mentarme »á mi novio para que entrase en celos con to»dos y por todo. *Me hacía sufrir el corazón con »solo que el aire le mirase.* La primera vez que »lo vi me comenzó á hacer gracia.»

Un joven campesino de Val di Greve habla:— «Yo, mientras trabajo, pienso en mi dama; ni »siquiera siento la fatiga, me agrada todo; *es »un gran gusto cuando el amor viene á iluminar »el día.*»

Una campesinilla dice hablando de su enamorado:—«Cuando vamos á la iglesia, de todos cuantos pasan y cuantos entran, el más hermoso es él: *parece una flor, que le distingo entre mil.* También, si me encuentro en fiestas y está él, *lo veo por cima de todos;* le quiero de verdad: el corazón no miente.»

Dígase lo que se quiera, no hay escritor que sea capaz de poner juntas tales palabras.